



AYER Y HOY



N.º 44

Noviembre - Diciembre 1954

NUESTRA PORTADA

Dibujo de M. Romero Carrión

Sumario

Noche de Dios, *por* Clemente Palencia.

A la Inmaculada, *por* Luis Serrano Vivar.

La Purísima en el Arte, *por* Guillermo Téllez.

Versos toledanos para la tesis concepcionista, *por* Nicolás Sánchez Prieto.

Homenaje a S. Juan de la Cruz, *por* Sandalio de Castro y Francisco S. Hierro.

Tres poemas, *por* Pedro Bargueño.

Dios ha vuelto, *por* Juan Antonio Villacañas.

«...Y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», *por* Alfredo Souto Feijóo.

La escala zoológica y el hígado de bacalao, *por* Francisco Zarco.



Noche de Dios...

Noche de Dios, cercada por el día,
con vigilia de gozo estremecido,
por las sendas del monte florecido
ha llegado un mensaje de alegría.

En los brazos gozosos de Maria,
se nos muestra Jesús recién nacido.
Cada rayo de aurora es un latido
que del Cielo el Señor hoy nos envía.

Noche de Dios, la palma y el romero
ponen verde rumor por los caminos
y rosas en la nieve de tu albura.

Y en la cumbre radiante de un lucero
cantan amanecer coros divinos,
pregonando la paz desde la altura.

CLEMENTE PALENCIA



Con este número entra nuestra revista en el VIII año de su fundación, y es grato para nosotros comprobar la marcha ascendente en asociados de «ESTILO», cuya Asociación comenzó con 50 y cuenta en la actualidad con 350, siendo solicitada por el Instituto de Cultura Hispánica y otros centros culturales y literarios.

Sostiene intercambio con las siguientes revistas nacionales: «Alcalá», «El Cobaya», «Gánigo», «La Niña», «Advinge», «Arquero», «Consigna», «Ixbiliah», «Pleamar», «Angelus», «Malvarrosa» y «Mairena» (Buenos Aires), a las que saludamos cordialmente desde estas páginas al terminar con toda felicidad el año 1954.



A la Inmaculada

E

*Eres Sol, que alumbra el universo,
radiante de belleza y hermosura
eres la llama de fuego y amor,
¡OH VIRGEN PURA!,
donde prenden los hombres sus inciensos.*

*Perfección de belleza nacarada,
apuesto de Dios, que gran palacio
eres tú por ello, Inmaculada,
la dama más hermosa del espacio
y de Dios padre e hijo más amada.*

*Eres luz que alumbra a raudales,
eres Blanca y Hermosa cual ninguna,
fuiste tú por ello, Virgen Pura,
la elegida por Dios para ser madre
de la más HERMOSA CRIATURA.*

LUIS SERRANO VIVAR

Toledo, Año Mariano.
29 de Octubre de 1954.

La Purísima en el Arte

(Notas de una Conferencia dada en la Escuela de Artes de Toledo ante su Claustro y alumnado).

El tema de la Purísima es bien netamente español, siendo la primera que se pinta la de Juan de Juanes, que hace una para la Compañía de Valencia el año 1578. Juan de Juanes, hombre muy piadoso, tenía por confesor al Padre Jesuita Martín Albergo, el que con ocasión de la octava de la Asunción, recibe el celestial don de contemplar a la Inmaculada al rezar: «Tota pulchra est María». El padre explicó al pintor tal como la había visto. Es, pues, un tema artístico que nace de un milagro, y, por cierto, bien fecundo.

Iniciado en la escuela valenciana, tiene buenos ejemplares en ella, como el de la Lonja, de Espinosa, representando a los Jurados de Valencia ante la Inmaculada; la del Museo de José Vergara, y las de Rivera, que citaremos después, pero veremos que no obstante el motivo se desplaza hasta incardinarse en Sevilla, donde había una rica hoguera del Renacimiento con resplandores marianos, donde el tema es acogido con excepcional cariño, siendo de las primeras Purísimas las que realizan Roelas y Pacheco, hombres de letras, y la veneran y cantan Miguel del Cid y el canónigo Vázquez de Seca, gran mecenas del arte.

Este tema, artísticamente considerado, es muy digno de ser estudiado, puesto que centra dos grandes problemas del arte religioso: uno es el del cuadro de altar y otro la imagen; técnicamente dicho, la escultura religiosa.

El cuadro de altar, tiene que ser sencillo, claro y centrado; el santo o la imagen que sea, debe destacarse claramente en el centro y no tiene que pedir la oración, no hay que buscarlo en algo que parezca rompecabezas, y este es el acierto de Murillo,

que sabe fijar la gran Purísima barroca eliminando los símbolos de la letanía Lauretana y conservando los de la pureza: azucenas, línea y colores azul y blanco y coro de ángeles, simplificando el aparato de los manieristas y logrando una figura que con facilidad se puede resolver en talla de altar, y esto acaso sea la razón de que no sean tan populares las de otros autores como las de Rivera, especialmente la de Monterrey, de las Agustinas de Salamanca, que siendo la mejor tela en donde se plasma la Purísima, presenta un barroquismo de detalles que la oscurecen un poco como imagen de altar.

No se debe olvidar tampoco que la dulzura y la limpieza temperamental también deciden su triunfo, dominando a las de Valdés Leal, que casi presenta algo de acritud en muchas facetas de su arte, y sobre las de Zurbarán, que por su estatismo y destacamiento de volúmenes pudiera haber creado figuras realizables en imágenes escultóricas; pero Zurbarán, aun en los asuntos más místicos, tiene algo de realidad térrea que hace que su obra no se popularice mucho y que el tema no sea el más adecuado para él.

En la escultura, Cano realizó imágenes bellísimas, pero en ellas hay algo de añamamiento que motiva que su escultura no sea muy propia de altar, pasándole algo parecido a Mena, ya que en este tema es donde menos se desprende del maestro.

En Castilla, Gregorio Hernández crea un tipo de Purísima de cara añorada y cuerpo de crisálida que se hace típica en la región, pero que queda con menos vitalidad artística que las de Martínez Montañés, las cuales agradan tanto a su autor que las reputa como las mejores obras de arte, opinión que comparte Rodrigo Caro, con-

tinuando con él la erudición sevillana puesta al servicio del culto de la Purísima.

Plantea este tema, en la escultura y en la pintura, los problemas de los paños y de la mancha.

El paño en la escultura es para mí, quizá, más trascendente que la propia anatomía humana, porque es lo que más le quita cierta monotonía.

A mi juicio no hay más que dos soluciones en el arte de categoría estética definitiva. El clásico-pagano, que culmina en Fidias, pero que lleva al desnudo, en donde el arte recorre en poco tiempo sus posibilidades, volviendo el helenismo al paño en la etapa del Simplesma, el cual ya es francamente y muy poco espiritual.

El paño en la escultura mantiene una gran posibilidad de ritmos de fina musicalidad, quita acusaciones de detalles a veces inartísticos, corta la excesiva temporalidad del traje antiestético, pues lo muy temporal hace envejecer a las obras de arte y hace que se vea como ridículas producciones que en su tiempo no lo fueron. Por último, evita el escollo del anacronismo del detalle de época, poco estudiada o poco estética.

El paño en la pintura da posibilidad de estudios de volúmenes y ondulaciones de recursos ilimitados, y en su ejecución admite infinitas soluciones de pinceladas y manchas, y, en este caso, lo exquisito del tema salva el peligro del toque de pincel brusco o grosero en que se puede caer en la busca de fuerza o emoción.

En todo caso, el tema de la Purísima es un crisol que obliga al artista a ser delicado, espiritual, fino; es un camino que al artista flojo le puede llevar al amaneramiento y a la vulgaridad del que no da más de sí, pero es culpa de él y no del arte ni del tema, pero siempre le distancia de la trocha de la brusquedad y la grosería, de la inhabilidad disfrazada, antros en donde el arte se envilece y naufraga.

GUILLERMO TÉLLEZ

Toledo, Diciembre 1954.

VERSOS TOLEDANOS PARA LA TESIS CONCEPCIONISTA

A TOLEDO;

A GUADALUPE;

A TODOS LOS CAPELLANES MOZÁRABES:

Un capellán mozárabe de la Primada dora, a punta de pluma, la «Vida, excelencias y muerte del Gloriosísimo Patriarca San Joseph.»

Es el año 1607, y hace diez que «el licenciado Alonso Lobo..., maestro de capilla entonces de la S. Iglesia de Toledo —siendo como tal llamado por el religioso convento del célebre Santuario de nuestra Señora de Guadalupe con otros combenecidos y insignes músicos de desta santa Iglesia para la traslación de unas santas reliquias— quiso hacerme participante de tan dichosa romería, la cual hicimos con no menos gusto que devoción, siendo todo en extremo» (1).

Son palabras exactas del Maestro José de Valdivielso, el «Lírico delicioso». Y las trae, sílaba por sílaba, «el Doctor don Diego Suárez de Figueroa, de la Noble y Muy Leal Ciudad de Badajoz» (2).

Por ese camino real que va de Toledo a Guadalupe —que vale tanto como decir de gloria a gloria— se nos fué el poeta mozárabe.

Dijo bien quien dijo: «Toledo está en Guadalupe. Guadalupe está en Toledo» (3). Y a restañar, con el hilo de sus versos, tanto calor de siglos, vino el poema valdivielsano que un magro fraillico llamó, abreviando, «La Josefina» (4). Poema guadalupense desde la cruz a la fecha. Y concepcionista purísimo, también. Que por algo cantó esculturalmente Sebastián de Mendoza (1602) a Nuestra Señora de Guadalupe.

«Y vos también, bellísima Extremeña...
Ciprés hermoso, cedro levantado,
lucero, Sol, antorcha, estrella y norte,
Lirio cuya hermosura el valle ensueña,
blanca azucena do no llegó el corte
de la Culpa jamás y el corvo arado.
Huerto bello y cerrado...
Escala de Jacob, fragante Rosa,
Fuente sellada de agua milagrosa.»

Por ese mismo rostro de flores anduvo cincelando Valdivielso sus estancias con pluma de oro en varilla de jaspe.

Ya es casual que todo un capítulo aparte —Canto II— rece limpiamente:

«De la Concepción Pura y Nacimiento de Nuestra Señora». Y es una sorpresa poética que aquí mismo haya alzado la alegoría de la «Casa de la Fama» (estancias 42-68), que el editor del volumen XXIX de la B. A. E. de Ribadeneyra tachó de «ridícula extravagancia» (5), pero que ojos de amigo han atisbado en ella una pintura del Templo guadalupense.

Eso sí, Valdivielso era un poeta muy teólogo o, si se prefiere, un teólogo muy poeta. Con linaje de ambas castas gloriosas. Eran tiempos aquellos de dura polémica, y el aire de controversia corría huracanado de aula en aula. En cualquiera de ellas

«El escolar decía a voces:
¡Aquí de Dios y del Rey!
Pues que lo pudo hacer Dios
¿por qué no lo había de hacer?
Que lo pudo está en el Credo;
¿pues por qué no lo he de creer
que si lo pudo lo quiso
estándole a Dios tan bien?»

Así lo sorprendió la pupila poética de Valdivielso en su «Romance a las Fiestas de la Concepción». Era un pórtico muy conventual para enhilar toda una tesis concepcionista.

Ya estaba lanzado el reto a son de cadencia. Y se prolonga, sonoro y apasionado, en una explosión del todo franciscana (como buen terciario que era a par de Cervantes):

«Quiere criarla de su Gracia llena
y hacerla tal el que es de Gloria lleno,
que no puede hacer Dios madre más buena
como no puede el Hijo ser más bueno.»

Hay un cruce de ternezas que aprovecha Valdivielso para entretenerse caseramente en el Nacimiento sin mancilla de María:

«Todo el Empireo está a la mira
con músicas alegres esperando
nazca el espejo en que su Autor se mira,
en Concepción dichosa festejando
la paz esperan de la antigua ira;
y así «Paz a la tierra» están cantando
guardando el vientre de la estéril Madre
el cielo todo y el anciano padre.»

Y otra vez arranca un bocado exquisito de las páginas inmaculísticas, donde se cifra el aspecto trinitario en valiente expresión de conjunto:

«Llena de Gracia y de virtudes llena
le da el Alma santísima su Esposo;
el sacro omnipotente Padre ordena
de darle un Cuerpo más que el cielo her-
el Hijo soberano la enajena [moso;
del antiguo tributo y feudo odioso,
haciendo que su Madre soberana
libre del agrio esté de la manzana.»

Flor y nata escolástica mana en seguida, como panal recién cortado, a pulso de silogismo y canción:

«Porque o pudo o no pudo el Hijo
santificar su nuevo paraíso. [amado
El decir que no pudo es condenado,
que eternamente pudo cuanto quiso.
Si pudo preservarla de pecado
con la potencia de su eterno aviso, [dre
El que mande que se honre a madre y pa-
ño habría de honrar su inmacula Madre?»

Y prosigue, sin dar tiempo a la objeción:

«La que excede las bellas jerarquías
y oscurece la luz del sol más puro,
¿no había de ser de Dios sacrificada
y en su Concepción Pura preservada?»

Y a reglón seguido espiga un manojo prieto de razones de congruidad:

«Fué criada en Gracia la primera Ma-
¿y había de ser en Culpa concebida [dre,
la escogida del que es Verbo del Padre,
de Quien ha de tomar humana vida?
Auque el trifuca Can soberbio ladre
no podrá asir a La que Dios asida
tiene de quebrantarle la cabeza,
quedando más hermosa su Pureza.

(1) Cit. por la edición de «Biblioteca de Autores Españoles», de Ribadeneyra (Madrid, 1864), vol. XXIX. Poemas épicos, 2; pp. 142-147.

(2) Suárez de Figueroa, Don Diego. «Vida de San José», de Valdivielso, comentada por... Consta la obra de 5 vols., liso el I (Madrid, 1730, 2.ª impr.) y el V (M., 1728, 1.ª impr.), que más de cerca apuntan a nuestro ensayo. Ejemplares de la Bibl. de D. Vicente Barrantes, sig. C. 909.

(3) Cfr. Torrejón, Fr. José, ofen.: «Toledo y Guadalupe. Algo sobre sus relaciones histórico-artísticas». En «El Monasterio de Guadalupe», XIX (1934), núm. 273, p. 311.

(4) Cfr. Mirabel, Fr. Cecilio, ofen.: «El Maestro Valdivielso en Guadalupe». En «El M. de Guadalupe», XXXVI (Mayo, 1953), núm. 445. p. 101, n. 1.

(5) Rosell, Cayetano: «Poemas épicos». Colección dispuesta y reuisada por... B. A. E. Madrid. 1864-Prólogo, IV-XII.

Si Eva que con la Sierpe se congracia
y por su gusto fué burlada de ella
siendo la madre de la cruel desgracia
en Gracia fué criada hermosa y bella,
La que ha de serlo de la misma Gracia
¿en algún tiempo había de estar sin ella
su cerviz inclinando al cruel verdugo
que la pureza de la Culpa el yugo?»

Mas no se puede decir mejor. Toda-
vía aflora a los bordes de la lira la
proclamación de redención preserva-
tiva.

«Es de Dios la escogida venturosa
sin la Original Mancha concebida,
en el Alma y el Cuerpo toda hermosa
sin caer, más altamente redimida.»

Y, en su haz, engarza y enjoya dia-
mantes bíblicos:

« ..Ciudad de Dios...
Hija del Rey...
Huerto cerrado...
Flor del campo...»

Pero él quiere afianzar del todo el
claro loor de la Señora,

« ..La Mujer Maravillosa
que vió el divino Juan del Sol vestida
que hnyendo de la sombra del Pecado
al Merbio Dragón dejó burlado.»

Y labra, a este propósito, una irres-
tañable teoría de congruencias que
son ya el friso clásico de cualquier
antología concepcionista:

«¿Había de mirar Dios a su Madre ama-
padeciendo la infamia del castigo [da
entre cadenas de la Culpa atada
hecha cautiva vil de su enemigo?
¿Maria había de ser tan desgraciada
que su Hijo no pudiera ser su amigo?
Pues fuera su enemigo declarado
si fuera concebida con pecado.
.....
Si el Arca que encerró el maná divino
las tablas del decálogo y la vara,

mandó Dios se labrase de oro fino
y de madera incorruptible y rara
.....
.....
el Arca virginal, arca dichosa
de aquel divino e inmortal tesoro...
de Quien ha de tomar Carne preciosa
para el remedio del antiguo lloro,
¿No había de ser más pura y más sincera
que el oro fino y la inmortal madera?»

El punto final lo ha puesto el mismo
Valdivielso. Y lo ha puesto con el gesto
olímpico de un ganador de rimas y
argumentos. Porque nadie podrá ya
dudar que estos versos toledanos esta-
rían muy bien puestos en una tesis
concepcionista del mejor sueño teo-
lógico.

NICOLÁS SÁNCHEZ PRIETO
De la Pontificia y Real Academia Mariana.

Toledo y Diciembre 1954

VII EXPOSICION DE OTOÑO

En la galería alta de la Casa Consistorial, se verificó
el día 18 de Noviembre la apertura de la VII Exposición
de Otoño de nuestra sociedad.

Asistieron al acto el Gobernador Militar y Coronel de
la Zona Sr. Souto Feijoo; Alcalde Sr. Moreno Díaz; Pre-
sidente de la Audiencia Sr. Veloso; Presidente de «Estilo»
D. Enrique Vera; Secretario D. Mariano González; D. Cle-
mente Palencia, cronista oficial y Director de esta Revista,
y el catedrático y expositor D. Emiliano Castaños.

Entre los expositores, figuran los siguientes nombres:
D. Alfonso Bacheti, D. Francisco Zarco, D. Francisco de
la Cuadra, D. Francisco S. Córdoba, doctor D. Rafael
Carrasco, D. Manuel Romero Carrión, D. Javier Lillo,
D. Justiniano Calderón, D. Julián Rodríguez, D. Enrique
Veloso, D. Antonio Maeso, D. Manuel M. Pintado y D. Emi-
liano Castaños.

Abundan las acuarelas, siendo, como en anteriores
exposiciones, los acuarelistas Manuel Pintado y Alfonso
Bacheti, los que destacan por la vistosidad y elegancia de
sus obras.

La pintura al óleo, ofrece los magníficos cuadros de
D. Rafael Carrasco, que impregna en sus óleos una suavi-
dad de gaita gallega junto a un rebosante colorido.

Manuel Romero Carrión, muchacho que ofrece tantas
esperanzas para el arte toledano, sólo ha presentado una
muestra de su pintura —el puente de Alcántara— que tiene
magníficos efectos de luces y un gran sentido del detalle y
la perspectiva que le revelan como un excelente paisajista.

El joven artista Justiniano Calderón, expuso dos paisa-
jes y una copia del «San Francisco» del Greco, logrados
con acierto.

Javier Lillo, aparece en esta exposición en unión de Enri-
que Veloso, como representantes de la pintura moderna.
Aunque podemos decir que esta clase de pintura está aún
en sus comienzos en Toledo, el «Payaso», de Javier Lillo,
demuestra que este comienzo no es infructuoso y lo corro-
bora Veloso, que nos muestra una seguridad en sus pasos
hacia el secreto del modernismo que no era muy mani-
fiesta en anteriores exposiciones.

D. Emiliano Castaños, viejo conocedor del pincel, tiene
en sus obras la seguridad del verdadero artista, y el color
y el efecto de luces ya no tienen secretos para este vete-
rano pintor.

Francisco de la Cuadra, es un joven que tiene aún
mucho que recorrer, pero su «Cristo de la Luz» es un des-
tello que anuncia que en él hay un pintor.

Y finalmente, los pintores Francisco Zarco, Francisco
S. Córdoba, Antonio Maeso y Julián Rodríguez, contribu-
yeron con temas importantes y delicados, conseguidos con
felicidad y acierto, a dar realce a esta exposición anual de
artistas toledanos, en la que echamos de menos las fir-
mas de D. Enrique Vera y la Srta. María Luisa G.^a Pardo.

La famosa pintora francesa Paule Marie, ha tenido la
gentileza, a instancias de D. Clemente Palencia, de enviar
un soberbio cuadro pastel que presidió con majestuosidad
la exposición.

I. L.

HOMENAJE A SAN JUAN DE LA CRUZ Ofrenda al Poeta

En el paraninfo del Instituto de Enseñanza Media, y con motivo del aniversario de la muerte de San Juan de la Cruz, Patrono de los poetas españoles, se celebró un acto poético-literario en el que intervinieron D. Clemente Palencia, que hizo la presentación y trazó la figura del santo místico, la señorita Emilia Alba, el padre carmelita Serapio de Santa Teresita y los poetas Juan Antonio Villacañas y Sandalio de Castro. Atanasio de Castro declamó muy bien el «Cántico espiritual», y los alumnos Luis Solórzano, Angeles García Gazón y Benita Rodrigo, declamaron asimismo poesías del santo carmelita. Cerró el acto el padre Bernardo del Santísimo Sacramento felicitando a todos los participantes y agradeciendo al director del Centro, D. Antonio F. Pradas, que ostentaba la presidencia, y al profesorado, la noble iniciativa del homenaje al padre fundador.

A SAN JUAN DE LA CRUZ

Las ínsulas, los valles, la espesura
se adentran en mi ser como un arrullo
y en tu serena paz, mi sed diluyo
bebiendo de tus luces la hermosura.

Confuso y triste de los mundos huyo
hundiendo mi cansancio en tu verdura
y elevo mi mirar hacia la altura
como un gemido que se hiciera tuyo.

En sol tu soledad se ha traspasado
y el cielo está gozando ya de veros;
al viento te has lanzado anacoreta

buscando en el amor al Bien Amado.
Y el Santo se hizo Verso en los oteros
y el verso se hizo Llama en el Poeta.

SANDALIO DE CASTRO

La Asociación "Estilo" y esta Revista

*felicitan las Pascuas a todos sus
asociados y lectores, deseándoles
un venturoso año 1955*

Es conveniente que lo sepamos. Conviene que no lo olvidemos. Para San Juan de la Cruz, el santo del silencio, se han pedido cinco minutos de silencio.

Diez de Julio de 1953. En la sesión clausural del Congreso de los poetas en Salamanca, un poeta estremeado postuló de los sensitivos que le escuchaban, cinco minutos de silencio antes de comenzar su laborar diario. Los momentos más cargados de querencias y sensibilidades, más llenos del fervoroso frenesí de la Poesía.

Fray Juan de la Cruz, menudito y humilde, será el ángel tutelar de sus ensueños y el compañero de sus melancolías. Compartirá con ellos «su dolorido sentir» y les descubrirá los caminos sangrantes de la sensibilidad enjuta y sincera. Las nadas de su poesía.

Es la gozosa exaltación del poeta. ¡Cuánto se ha tardado en conocerte! ¡Qué poco te conocen aún! Has subido por tu senderico ardiente de nadas anhelando el todo y has instalado tu tienda en la cumbre donde no llegaba, por todavía demasiado humano, el esfuerzo enloquecido de nuestra pupila. Hoy hemos llegado. No del todo, pero hemos llegado muy cerca. Empezamos a conocerte, poeta. Eres el símbolo para el poeta. Te damos todo porque no quisiste nada. Te damos cinco minutos de silencio, de reposo tranquilo, echando por tierra nuestras convicciones.

* * *

San Juan de la Cruz ha dicho: lo que no engendra el silencio ¿qué puede ser? Nuestro mundo moderno inquieto ha trastornado la frase de Fray Juan y ha afirmado: ¿lo que no engendra la acción, qué puede ser?

Aforismos antagónicos que responden a posiciones antagónicas. Ambos existen en el hombre de hoy.

Este ha comenzado su caminar anhelante y ha hallado su camino cerrado por el silencio. De él huía, y él, él mismo, le cierra el camino.

Está fatigado, ahito de progreso, aturdido con el ruido de sus motores. Ahora el silencio, le desea. El silencio se le ofrece, dulcemente, mansamente, pero él no alarga la mano para recibirle, porque no le ama. No se atrave a sostener el monólogo íntimo, que exige el silencio.

Mas sabe de posturas elegantes. Duele al corazón la brusquedad y sabe transigir. Estos momentos son concesiones hechas a una cosa que no se ama. Si la amáramos nos podíamos entregar íntegramente, confiadamente. Sólo nos entregamos cuando el silencio, que nos persigue, se venga de nuestra insustancial garrulería, obligándonos a callar por no torturar la inefabilidad de las cosas mejores.

Nuestra entrega no es pura ni sincera entrega. Nos entregamos, como Juliano el apóstata, gritando: «Venístenos, silencio».

Sólo los poetas, los verdaderos poetas, se entregan a él, porque le aman, porque saben que su grávida delgadez gesta delicadezas trascendidas. Van al silencio, porque sólo en el silencio les cuenta el alma sus confidencias calientes, sustantivas, indefinibles. En él encuentran la madurez, la expresión justa, esculpura, que revierte su mundo en vaharadas de alma.

FRANCISCO S. HIERRO

Conferencia y concierto en el Centro de Artistas e Industriales

El Centro de Artistas e Industriales, siguiendo el ciclo artístico-cultural iniciado y tan bien conseguido hasta ahora por su presidente, el poeta D. Luis Serrano Vivar, celebró el 4.º número de la revista hablada «La Campana Gorda», en el que tomaron parte los asociados D. Juan Antonio Villacañas y D. José Manuel Esteban Infantes, y como página central la conferencia «Estrellas fijas y estrellas errantes en la poesía» a cargo del poeta D. Pedro Bargaño, fundador de la revista «La Niña», de Huelva.

El acto, interesante y erudito, se deslizó por este orden: Presentación del conferenciante, página central, y concierto sobre el tema el «Tono menor de Chopín», por el señor Esteban Infantes. Cerrándose con emocionados aplausos del selecto y numeroso auditorio.

DE RESTO

Estoy de resto, amigos, ya no puedo
alzarme de este amor, de este tapete.
Levantado dinero me somete
a solo verde que a esperar concedo.

Extasis de la baza: bravo miedo
de envidar con un tres, cuando su siete,
y apostar por un rey cuando promete
abdicar en el as del blanco dedo.

No digáis que he jugado en otras mesas,
que si gané y perdí, fué calderilla
y en este juego, amigos, voy de resto.

Contra un collar que ríe: mis promesas;
me juego todo el oro que me brilla,
me juego el corazón que llevo puesto.

LA PRIMERA CAIDA

Seguid, seguid, no es nada;
qué dulce esta caída,
mis pies: —¿para que os quiero?—
subid a las rodillas.
Seguid, seguid, no es nada:
que me he caído arriba,
en un país que tengo
detrás de la camisa.
Seguid, seguid, amigos;
pasadme por encima
pero no me hagáis daño
al daño que me aviva.
¡Qué profunda o qué alta,
mi primera caída!

LA LLUVIA

Si no estarás lloviendo tú, lejana,
esta lluvia, que ríe en las aceras.
Si no estarás lloviendo tú, estos jarros
que siento, de agua fría, en la cabeza.
Ya te conozco, ya: también estabas
detrás de los ardores de la estepa,
y, en tanto un inocente sol crecía
colores en las frutas de la tierra,
por entre bastidores de las luces,
tú, prendiéndome fuego por la izquierda
Si no estarás lloviendo tú, lejana,
hasta dejarme ahogada la cosecha
sin respetar el hueco más delgado
por dónde el tallo del deseo crezca.
Qué idéntico es el arco que ejercitas,
si de agua y fuego, diferentes flechas.
En el mejor sentido del venablo,
estaba mi diana cazadera.
Que no cese la lluvia, que no cese,
que me escuche la Virgen de la Cueva.
Tuya es el agua; míos son mis charcos,
míos mis pies, y mía mi tristeza.

PEDRO BARGUEÑO



DIOS HA VUELTO

(POEMA DE NAVIDAD)

Desciende el viento hasta la fe del hombre,
se vierte el mar hacia la vida, y luego
viva la aurora en la mañana abierta,
se aparta el sol para poner un verso.
Se crean otra vez las plenitudes,
se acerca Dios al Niño en su secreto.
Juega la nieve en Navidad, y guarda
su mirada infantil en el Misterio.
Ella nos dice que ha escuchado un río
correr por el espíritu de un cielo.
(El murmullo es pastor de pandereta,
las ovejas aliento de pandero)

Jesús está brotando de María
por el arroyo hondísimo del pecho.

María es el dolor entre la nieve
evaporada en la oración, doliendo;
y ha dejado posar sus manos altas
en un frío portal cerca del suelo.

Para sentir su voz, se para un Niño
en la estación angélica del tiempo.
Y cantan y se van, y vienen gozos,
de frente siempre a nuestro propio espejo.

¡Adelante, canción, que es Nochebuena,
y se acerca al balcón el Año Nuevo!
Cantad, y amaneced cantando, amigos,
que hoy es la Navidad ¡y Dios ha vuelto..!

Juan Antonio VILLACAÑAS

“... y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”

Todos los años, llegada esta época, nos dedicamos a conmemorar el nacimiento de Cristo. A «conmemorar», está bien, pero, ¿a «rememorar», a imbuir en nuestra mente y en nuestra conciencia el grandioso misterio de Dios hecho hombre, para, a treinta y tres años fecha, lleno de amor por nosotros, dar su vida —el máximo sacrificio que humanamente puede exigirse— para redimirnos? ¿Nos dedicamos a «rememorar», repito? No, por desgracia. «Conmemoramos» con fiestas agradables a los sentidos, a nuestras apetencias, a nuestros cuerpos, pero no «rememoramos», en recogimiento y sacrificio, por pequeño que sea, de nuestra alma, de nuestras inclinaciones.

Bullicio de panderetas, rabeles y similares instrumentos pastoriles, se expanden por doquier; las multitudes cantan «con la boca» el «Gloria in excelsis Deo», pero, salvo ínfima excepción, no se unen a la Iglesia en sus loores por el faustísimo acontecimiento que vino a transformar la faz del mundo hasta la consumación de los siglos. Y aun esos que entonan el *Gloria a Dios en las alturas* ¿practican el complemento angélico «... y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad?»

Los hombres, esos hombres erigidos en conductores de razas y pueblos, en árbitros de los destinos del mundo, llevando sobre sus espaldas la preciada carga de proporcionar a la humanidad la paz, ¿se predisponen con «buena voluntad» a ello? ¿Ruegan al Dios de las alturas les conceda esa buena voluntad e ilumine sus dictados?

Cuando se dirige la vista a la tierra asolada, calcinada, debatida en el desenfreno de los egoísmos, de las bastardas pasiones mal contenidas, de las venganzas personales, de la disposición a las revanchas más viles, del «vae victis» por norma y práctica, se duda de si nos envuelve un ramalazo de locura, y, cual el estúpido aforismo de «un clavo quita otro clavo», quieren borrar el recuerdo de tanta sangre derramada recientemente con la perspectiva de más ríos sanguíneos. ¡Hasta cuándo, Dios mío, hasta cuándo!

La naturaleza no se detiene, no sufre soluciones de continuidad; la noche sucede al día, y éste a aquélla en rotación constante y sistemática; la vida no sufre colapsos de quietud, las estaciones se siguen en irrefrenables períodos cuaternarios, la muerte llega a los seres en su momento oportuno y los nacimientos ocurren contra todos los pesares. Malo es que los hombres, los mayores, se aneguen por su propia voluntad en catástrofes bélicas, pero, al fin y al cabo, éstas son producto de haberse alejado del lema que presidió el nacimiento de Cristo.

Mas, ¿y los niños?, a esas vidas cuyo alumbramiento no es a la luz purísima del sol creado por Dios, sino a las diabólicas teas bélicas, ¿qué «paz» se les va a predi-

car?, ¿cómo va a purificarse sus almas si sólo ven a su alrededor la práctica de las matanzas, ni aún detenida en estos sacrosantos días de la Natividad, en los cuales el lema angélico debía de respetarse por quienes se erigen en paladines pacificadores? ¿Qué lección provechosa pueden recibir los hombres del mañana, cuando sustituyan a los regidores de hoy?

Les ven, sí, conmemorar el misterio excelso, pero no rememorarlo en inclinación de ánimo a empresas de sano espíritu, en meditación de practicar efectivamente la *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*. No ven la «buena voluntad» en ningún caso. Se les dice, sí, que Dios vino al mundo a hacerse hombre, en la persona de su hijo, de Cristo, para enseñarnos, con su divina actuación terrena, el sentimiento de hermandad sin distinción de orígenes, castas ni privilegios, la caridad, la justicia, igualdad ante el derecho, el castigo legal de los conculcadores, la reparación de vida a los perseguidos débiles y oprimidos, la caducidad de los bienes terrenos y la eternidad de nuestra alma, el premio o justo castigo a nuestro comportamiento sobre si honramos al Dios de las alturas como es debido y si proporcionamos la paz a nuestros semejantes en este valle de lágrimas, y que «con la vara con que midamos seremos medidos».

Todo esto se les dice a los niños, sí, y rodeamos el aniversario del gran acontecimiento con muestras alegres por tan inapreciables beneficios, llenamos sus ojos de resplandores lumínicos en los Nacimientos, en los Árboles de Noel, en las alegorías de Santa Claus, donde todas las «figuras» están en actitud de reconocer al Niño-Dios como rey de amor y paz; herimos sus oídos con los estridentes sonos de los «villancicos», expresión humana de ansias divinas, regustamos sus paladares con las golosinas excepcionalmente preparadas para la Pascua Navideña, hipertensamos sus sentidos, en una palabra, pero... no llegamos a sus almas, no tratamos de educar sus inteligencias, no nos preocupamos de inclinar sus corazones en bien de la paz, de esa paz que, no por relativa como todo lo terreno menos anhelada, que nos acerque, en parte siquiera, al reino que Dios nos ofreció por boca de su Divino Hijo. Esto es la triste verdad.

Aquéllos de arriba, con sus acciones y omisiones, y éstos de abajo «siguiendo la corriente», todos ponen sus pecadoras manos sobre las víctimas.

Meditemos, mediten, meditemos...

Todavía es tiempo de rectificar, todavía nos da ocasión el Señor para volver a El, a sus enseñanzas de amor y justicia, base de paz. Aún podemos empezar este año, aún concede Dios tiempo para enmendar tremendos yerros. La humanidad tiene que acercarse al Portal de Belén, llevando de la mano a los hijos, a quienes están bajo su potestad y hacer allí un acto de afirmación práctica, siguiendo el ejemplo de Cristo, que vino al mundo para implantar las normas de con-

fraternidad humana. Y nosotros, pidámosle ilumine las mentes de esos conductores de pueblos, pidámosle ayuda para nosotros para poner nuestro «granito de arena», cada cual en su medida, en la prosecución de conseguir que las naciones, esas naciones llamadas «oficialmente» cristianas, cesen en la desmedida y sistemática acción destructora sembradora de odios; empecemos por establecer la paz en las almas infantiles, en nuestra familia, en nuestro hogar y en quienes nos rodean, que la paz en la tierra sea de una vez una realidad y no una entelequia «a los veinte siglos» de fundar el Hijo de Dios su doctrina; que reine, efectivamente, el espíritu cristiano entre ellos, que, en una palabra, tome cuerpo el lema angélico y las semillas del Divino Sembrador fructifiquen en esta generación «supercivilizada», inventora de refinados y aniquiladores procedimientos mortíferos, y que dice obrar, ¡oh, máxima ironía sarcástica!, siguiendo los dictados Evangélicos.

¿Dictados evangélicos?; no pueden ser los llevados a cabo por materialismos destructores. Quienes tal dicen y hacen, pretenden justificar su actitud en aras del bienestar común, de la paz Universal, arrojando las culpas al contrario; nadie entona «mea culpa», todos dicen practicar la lucha para, en lo venidero, vivir en paz, para que los niños de hoy, hombres mañana, regenten las naciones inspirados en la confraternidad.

No lo creo. «Quien siembra vientos recoge tempestades», y, de seguir así, a los vientos actuales sucederán tempestades horribles, si Dios no lo remedia tocándonos al corazón. El niño se comportará según se le eduque, y la actual escuela de crueldades no es la más a propósito para inclinar sus sentimientos hacia la bondad con el prójimo.

Inculquemos a nuestros hijos el «amaos los unos a los otros», dictado por el Divino Maestro, hagámosles comprender que la suerte del mundo está en sus manos, ya que las nuestras no aciertan a llevarlo por derroteros seguros, convenzámonos todos de nuestra terrible responsabilidad. Meditación, meditación... Aún es tiempo, aún hay ocasión. A pesar de cuanto se ha expuesto anteriormente, a pesar de las sombrías tintas con que se ha rodeado el panorama, no debemos de ser pesimistas. Dios dará ocasiones, en su infinita misericordia (que es infinito amor), para enmendarnos volviendo a sus divinas doctrinas, y para que el lema que con delectación hemos puesto sobre el dintel del portal de Belén, lo llevemos a la práctica haciendo realidad al elevar la vista, proclamando la *Gloria a Dios en las alturas*, y al descenderla y actuar entre nosotros, demos la *paz en la tierra*, comportándonos como *hombres de buena voluntad*.

ALFREDO SOUTO FEIJÓO



Apellido «AELLOS»

Tiempos de la Reconquista.— Aguilar de Campoó (Palencia) fué teatro de encon-

das luchas contra los moros. Una partida cristiana, al mando de un capitán, cuyo nombre, desgraciadamente, no nos ha legado la Historia, se vió sorprendida por numeroso ejército musulmán. Rehecho de la sorpresa, el capitán mandó tocar «ataque» a su Corneta, y al grito de ¡«a ellos, a ellos!» se lanzó la partida contra el ejército enemigo hasta derrotarlo. El rey, al saber la hazaña, le hizo la merced de usar AELLOS como apellido al capitán. Los descendientes fueron nobles, entre los que se cuenta a Sancho López de AELLOS, que acompañó a San Fernando y fué uno de los que ganaron a Córdoba.—Armas: En cam-

HERALDICA

po de azur, una corneta de plata, colgada por una cadena de una argolla de oro, que está en el centro del jefe. Bordura de oro con ocho aspas de gules.

* * *

Consultorio

J. A. Noguero. — Valenciano. — Escudo, variante del NOGUERA, o sea, de plata, con cinco nogales de sinople, surmontados de un sol de gules.

A. Bello S.—Oriundo de Galicia, concretamente, de Santa Eufemia de Milmeda, Orense.—Armas: de azur, con tres bordones de plata y bordura de oro, con cinco veneras de gules.

Z. Abel L.—De Escocia, siendo el primitivo apellido AD-EIL (bravura), pasando a Francia, con la corrupción de ABEIL (otros, dan el ABELLI), y de aquí a España, tomando el ABEL. Armas: En campo de plata, un jabalí pasante de sable, con el jefe de azur cargado de un creciente de plata montante y acompañado de dos rosas de oro de cinco hojas.

A. L. Acero.—De Cangas de Tineo (Asturias).—Escudo de sinople; torre de plata sobre ondas de agua azules y blancas. En la puerta de la fachada hay un guerrero armado con rodela y espada de plata y oro.

«BLASÓN»

LA ESCALA ZOOLOGICA Y EL HÍGADO DE BACALAO

(FÁBULA CASI TRISTE)

El muchacho está desnutrido. No tiene mucha importancia. En el taller, si la dolencia no es grave, estas menudencias carecen de interés.

Come y trabaja. También esto es corriente en las ciudades. Y en el campo y en el mar. Pero un inicial estado de desnutrición, de anemia o infección, carece de interés. Sobre todo de interés periodístico. Hay tantos casos, es tan corriente y vulgar, que no es oportuno ni productivo el llenar páginas y páginas con una relación o descripción de «casos» por desnutrición. Un caso de cianosis ya es más interesante.

* * *

Un día, un sagaz periodista encuentra en un poblado las jaulas vacías y fantasmales de un circo abandonado por la quiebra económica de sus dueños, y que dejaban morir las fieras de su «menagerie».

Escribe, comenta y llama a los buenos sentimientos de una sociedad preocupada intensamente en estas cosas de animales.

Llovieron donativos procedentes mu-

chos del Ghotta, que hacían del periódico una completa crónica de «Ecos de Sociedad».

La prensa está en su derecho al defender, destacar y conservar el interés que despierte un «caso sensacionalista». Así se hizo, y al final incluso con aportaciones de hígado de bacalao, para la más pronta recuperación física de las fieras, se consiguió que éstas se salvaran.

* * *

El muchacho del taller tose con frecuencia. El médico le ha dicho «no sé qué de anemia perniciosa», de que se cuida porque el pulmón... Que tome algún reconstituyente...

Ojeando un periódico leyó esto de las fieras y el hígado de bacalao. A él le gusta el circo y ama a los animales. Se alegra de que se hayan salvado.

Lo que no comprende es el por qué de este «jaleo en los papeles», y se ríe burlonamente de esas gentes que hacen estas «cosas raras porque no tienen otras que hacer».

Al final, en su resignada y elemen-

tal filosofía, termina diciéndose, entre una risa de sí mismo y no exenta de una cruel alegría, mientras se acuerda de su anemia:

—¡Quién fuera tigre!

Y lo peor es que algunos terminan siéndolo.

* * *

Por fin un día los periódicos se interesan por él. Es un caso periodístico y merece la atención de un reportaje. En llamativos titulares decía así: Muerre el taxista y el atracador se da a la fuga», otro «caso» curioso explicaba más adelante: Se suicida al salir del taller donde trabajaba».

¿Cuál es el «caso» de nuestro muchacho? No lo sabemos. Puede ser uno cualquiera o ninguno de los dos.

* * *

Moraleja: Efectivamente, hay que cuidar la zoología, pero en toda su escala.

FRANCISCO ZARCO MORENO

RECITAL DEL DÍA 21 DE DICIEMBRE DE 1954

Presentado por D. Juan Antonio Villacañas, se celebró en el domicilio de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, amablemente cedido por su ilustre presidente, el recital anunciado a cargo de la señorita Carmen Vera, soprano ligera, y el tenor José Picazo, acompañados por el notable pianista Federico Quevedo.

El acto revistió gran solemnidad, asistiendo un público selecto y distinguido, conocedor y amante del arte musical, quien hizo repetir a los cantantes varias de sus interpretaciones. No podemos decir que nos sorprendió la magnífica actuación de éstos porque ya sabíamos de sus excelentes cualidades. No obstante, hemos de destacar en Carmencita Vera, la extraordinaria interpretación de «Regnara nel silencio» (Lucía di Lamermoor), de Donizetti, y «El rey que rabió», de Chapí; y en José Picazo, «Princesita», de Padilla, y la jota de «El Trus de los Tenorios», de Serrano. En general una velada agradabilísima y llena de encanto que ha de quedar entre las efemérides más destacadas de nuestra Asociación.—J. L. S.

Consideraciones sobre una Conferencia

En el Salón de Mesa pronunció su anunciada conferencia sobre los pintores románticos el Cronista Oficial de Toledo D. Clemente Palencia.

Cabe ante todo decir de esta conferencia, el amplio conocimiento que sobre el tema —pintores y pintura—, tiene siempre en su decir el conferenciante.

Ampliamente en certeros y rápidos trazos lo demostró al darnos no solamente la siempre agradable nota del caso anecdótico de sus biografiados, sino también la tónica, matiz y circunstancias de sus obras, que hicieron que el público apreciase no solamente el conocimiento exacto del dato, sino también la amenidad expositiva del juicio.

Pero ante todo, de lo que dió D. Clemente Palencia una lección de buen pedagogo, fué al pronunciar estas palabras en visperas de visitar en el Museo Romántico de Madrid las obras comentadas, ya que se unía a la oportunidad de la palabra, la creencia de que no se puede ni debe visitarse museo ni exposición sin tener antes un conocimiento previo de lo que vamos a ver. Siempre la lección precedió a la práctica.

D. Clemente Palencia trató el tema además de con delicadeza y elegancia, con humano calor. Es decir, deshechó frios y rígidos ademanes para hablarnos familiar y cordialmente como si se tratase de la más amable de las tertulias.

Al surgir el tema de la pintura, todos callamos a su alrededor para dejar hablar al que por más méritos y conocimientos podía enseñarnos algo.

Amplio conocimiento, interés anecdótico, oportunidad y cordialidad fueron y son la tónica constante de D. Clemente Palencia.

F. Z.

Relación de Asociados de "Estilo" al finalizar el año 1954

Ausentes de Toledo

Barroso, Víctor.—Illescas.
 Calvo Garrido, Pedro.—Madrid.
 Camarasa Martín, Santiago.—Madrid.
 Delgado Mellado, Antonio.—Madrid.
 Erroz Sorrosal, José.—Torrijos.
 Gómez Camarero, Adoración.—Madrid.
 Guerrero Torres, Inocencio.—Madrid.
 Jiménez de Gregorio, Fernando.—Murcia.
 Lerma, Excma. Sra. Duquesa de.—Madrid.
 Marañón, Excmo. Sr. D. Gregorio.—Madrid.
 Martín Robles, Julián.—Madrid.
 Miner Otamendi, José Manuel.—Madrid.
 Muncharaz Martín, Félix.—Puebla de Montalbán.
 Ortiz Deu, Angel.—Madrid.
 Peñalosa Esteban Infantes, Benita.—Madrid.
 Sanz Ruano, Pedro.—Madrid.

Residentes en Toledo

Abel de la Cruz, Emilio.
 Acevedo Illana, Julio.
 Aguilar Navarro, Angel.
 Aguilera Sánchez, Félix.
 Aguado Quinzano, Pedro.
 Alba González, Emilia.
 Albo Pascual, Antonio.
 Alonso Barajas, Fernando.
 Alonso Barrios, Remigio.
 Alonso Sánchez, José María.
 Allué Morer, Fernando.
 Amusco Padrós, Tomás.
 Amusco Milla, Eduardo.
 Ancos Trigueros, Isabelo.
 Aragón Arteaga, Agapito.
 Arce Aguado, Ruperto de.
 Ariz Galindo, Román.
 Arroyo Revenga, Juan.
 Ayuso Pérez, Miguel.
 Bacheti Brun, Alfonso.
 Baeza Sánchez, Leonardo.
 Bardón Fernández, Antonio.
 Bargueño Ontalba, Rafael.
 Benayas Ciruelos, Alejandro.
 Béjar Durante, Cecilio.
 Bermúdez Bejerano, Esteban.
 Beviá Díaz, Félix.
 Blanco Fernández, Evedio.
 Bouso Martín-Urda, Juan.
 Brasal Cruz, Victoriano.
 Breña Aparicio, Adolfo.
 Calderón Muñoz, Faustino-José.
 Calderón Muñoz, Justiniano.
 Calvo Gil, Enrique,

Camarero García, Tomás.
 Campos Alonso, Fernando.
 Campos Alonso, Ricardo.
 Cano Palomino, Adolfo.
 Cano Palomino, Víctor.
 Canosa Simón, Antonio.
 Cardeña Puebla, Santiago.
 Carrasco Areal, Rafael.
 Carrillo Rojas, Luis.
 Castaños Fernández, Emiliano.
 Casteleiro Fontán, Manuel.
 Castro Gil, José de.
 Castro Herrero, Sandalio de.
 Cirujano Robledo, Marcelino.
 Cirujano Robledo, Santos María.
 Clamagirand Jiménez, Amadeo.
 Conde Gutiérrez, Nicolás.
 Conde Gutiérrez, Mariano.
 Conde Torrejón, Valentín.
 Condado Paz, Victoriano.
 Corral Balmaseda, Julián.
 Cortés Contreras, Juan José.
 Cortés Pérez, Miguel.
 Criado Ocejo, Juan.
 Criado del Vado, Julián.
 Cuadra Corral, Francisco de la.

Chacón, Juan.

Delgado Moralejo, Angel María.
 Delgado Vergara, Rodrigo.
 Díaz Aguilar, Manuel.
 Díaz Aguilar, Valentín.
 Díaz Marta-Martín, Gregorio.
 Díaz Pérez-Grueso, Leonardo.
 Díaz Sánchez Moreno, Teodoro.
 Díaz Sanz, Máximo.
 Dueñas Esteban, Pablo.

Espejo García, Fernando.
 Esteban Infantes, José Manuel.
 Esteban Ramos, Mariano.

Fernández Calvo, Tertulino.
 Fernández Contreras, Emiliano.
 Fernández Fraile, Armando.
 Fernández Franco, Daniel.
 Fernández García-Donas, José.
 Fernández García-Donas, Julián.
 Fernández Moraleda, Cipriano.
 Fernández Moreno, Francisco.
 Fernández Torija, Florentino.
 Ferrero García, Emiliano.
 Flor Pérez, Leandro de la.
 Flores Mandado, Emilio.
 Foto «Estudio», Molina.
 Font Maymó, Juan.

Galiano Martínez, Bernabé.
 Galiano Martínez, Jesús.
 Galván Ramírez, Jesús María.
 Gálvez Martín-Cleto, Emilio.
 Ganado García, Agustín,

García García, Antonio.
 García García, Claudio.
 García García, José.
 García García, José Emilio.
 García Hernández, Isabelo.
 García-Lomas Alesón, Leandro.
 García López, Francisco.
 García Manzano, Pablo.
 García Martín, Teófilo.
 García Martínez, Pablo.
 García Ochoa, Florencio.
 García Pardo, Francisco.
 García Pardo, María Luisa.
 García Parra, Aurelio.
 García Rodríguez, Emilio.
 García Rodríguez, Inocente.
 García Rodríguez, Julián.
 García Rojas, Mariano.
 García Sánchez, Gabriel.
 García Santacatalina, Evaristo.
 García Tapetado, Eduardo.
 García Viana, Francisco.
 Garrido González, Mariano.
 Garrido Muñoz, Fernando.
 Gómez Dorado, Eugenio.
 Gómez-Menor Fuentes, Rafael.
 Gómez-Menor Ortega, Rafael.
 Gómez Manzanilla, Víctor.
 Gómez Oliveros, José María.
 Gómez de Salazar, José María.
 Gómez de Salazar Nieto, M.^a Angela.
 Gómez Sánchez, Pedro.
 González Ampudia, Antonio.
 González Franco, Saturnino.
 González García, Benigno.
 González Rico, Alfredo.
 González Sánchez, Manuel.
 González Villalba, Mariano.
 Guerrero de la Cruz, Manuel.
 Gullón Martínez-Grande, Eutiquiano.
 Gutiérrez Criado, Aurelio.
 Gutiérrez Gómez, Luciano.
 Gutiérrez de Miguel, Mariano.

Hera Cirias, José María de la.
 Heredero Sancho, Esperanza.
 Hernández Casanova, José.
 Hernández Peironcely, Francisco.
 Hernández Toledo, Francisco.
 Herrada Martín, Dionisio.
 Herrera Conde, José.
 Herrera Conde, Vicente.
 Hidalgo Santos, Isidro.
 Higuera Bargueño, Juan.
 Hipólito, Fernando.
 Huete Díaz-Roncero, Vicente.
 Hurtado del Valle, María Pilar.

Jerez Sánchez-Cabezudo, Raimundo.
 Jimena Herreros, Tomás.
 Jiménez Conesa, José.
 Jiménez Martín, Julio.
 Jiménez Martín, Mariano.

Jiménez Moreno, Francisco.
 Jiménez Paul, Miguel.
 Jiménez Peñalosa, Juan.
 Jiménez Zapata, Rafael.

Labrado Escobar, Guillermo.
 Labrado Ovejero, Germán.
 Laguna Llordén, Eliseo.
 Lahera Moraleda, Emilio.
 Lanchas Jiménez, Julián.
 Lanza Morales, Manuel.
 Ledesma Navarro, Gabriel.
 Letamendía Moure, Carlos.
 Lillo García-Cano, Javier.
 Loaisa Pérez, Cruz.
 López Gómez, Jesús.
 López González, Máximo.
 López Gutiérrez, Pedro Manuel.
 López Pando, Mariano.
 López Ruiz, Doroteo.
 Lorente Sánchez, Jocundiano.
 Losada Pérez, Antonio.
 Lozoya Eymar, José.
 Luján Roberto, Valerio.
 Luján Torregrosa, Salvador.

Maeso Martín, Antonio.
 Mansilla, José María.
 Manso Fernández-Serrano, Luis.
 Manzanares Espinosa, Fernando.
 Marañón Dillora, Andrés.
 Marín Marín, Andrés.
Marín Martín Andrés, Excmo. Sr. Gobernador Civil de Tenerife.
 Maroto Farled, Félix.
 Martín Aguado, Bonifacio.
 Martín Albarrán, Juan.
 Martín Bermejo, Vicente.
 Martín Forero, Vicente.
 Martín Gómez, Francisco.
 Martín Miró, Manuel.
 Martín Pintado Ureña, Manuel.
 Martín Pretolino, José.
 Martín Pretolino, Julio.
 Martín Robles, Joaquín.
 Martín Sánchez, Rafael.
 Martín Tordesillas, Ramón.
 Martínez de Cepeda, Vicente.
 Martínez Gómez, Aureliano.
 Medrano de Val, José.
 Mesa Alonso, Jerónimo de.
 Miranda Calvo, Rufino.
 Molina Brumen, Eladio.
 Montero López, Alejandro.
 Montero López, Julián.
 Montero Martínez, Juan.
 Montero Martínez, José.
 Morales Conde, Fausto.
 Morcillo Herrera, Jerónimo.
Moreno Díaz, Angel, Ilmo. Sr. Alcalde.
 Moreno Díaz, Santos.
 Moro Linares, Eduarda.
 Moro Linares, María Cruz.

Muñoz Blanco, José.
 Muñoz Martín, Antonio.
 Muñoz de la Quintana, Eduarda.

Navarro López, Julián.
 Navarro Rojas, José.
 Nieto Muriana, Manuel.
 Niveiro García-Lago, Isidoro.
 Nogales Sánchez, Ramón.
 Núñez López, José María.
 Ortega Esteban, Balbino.
 Ortega García-Frutos, María Teresa.
 Ortega López, Domingo.
 Ortega López, Pablo.

Pablos Fernández, José María de.
 Palencia Flores, Clemente.
 Pantoja Renilla, Miguel.
 Paredes Salinas, Luis.
 Pascual Martín, Julio.
 Pastor Gómez, José.
 Payo Ortiz, Rafael.
 Payo Subiza, Gonzalo.
 Peces Fernández, Ricardo.
 Pedraza Vega, José María.
 Pedraza Vega, Juan.
 Peña Fernández, Esteban de la
 Pérez Alonso, Mariano.
 Pérez Casero, Mariano Enrique.
 Pérez García, Eugenio.
 Pérez Ferrer, Teodosio.
 Pérez de Juana, Manuel.
 Pérez Leria, Manuel.
 Pérez Montes, Marciano.
 Pérez Pérez Regadera, Felipe.
 Perezagua Jiménez, Jesús
 Pintado Martín, Pedro.
 Pleite Tordera, José.
 Pomeda Varela, Alejandro.
 Postigo Ruiz, Enrique
 Potenciano Sánchez, Nemesio.
 Pous Juva, Andrés.
 Puente Puente, Indalecio de la.

Quijorna Dueñas, Esteban.
 Quismondo, Vicente.
 Quismondo Martín, María.

Ralero Tolón, Mariano.
 Ramírez Trigueros, Juan.
 Reaño, Manuel.
 Redondo Redondo, Francisco.
 Relanzón García Criado, José.
 Repiso Ramírez, Jesús.
 Revenga Salamanca, Máximo.
 Rey García, Mariano.
 Ricas Salvatierra, Nicolás.
 Rico Balmaseda, Emilio.
 Riera Vidal, Pedro.
 Río Tordera, Fernando del.
 Ríos Buch, Julio de los
 Rivera Recio, Juan Francisco.

Robles Soriano, Francisco.
 Rodríguez Dorado, José.
 Rodríguez Ferrero, Sergio.
 Rodríguez, «FOTOGRAFIA» de.
 Rodríguez Garrido, Luis.
 Rodríguez Rodríguez, Luis.
 Roig Alvarez, Amadeo.
 Rojo Carrillo, Luis.
 Romero Carrión, Manuel.
 Romero Escobar, Manuel.
 Rubia Segovia, Teodoro de la.
 Ruiz García de Blas, José María.
 Ruiz de los Paños, José.
 Ruiz Rodríguez, Jenaro.
 Ruz Ciudad Real, Felipe.

Sales Córdoba, Antonio Francisco de.
 Sánchez Beato, Marciano.
 Sánchez Briones, Bienvenido.
 Sánchez Delgado, Evaristo Lucas.
 Sánchez de la Fuente, Julio.
 Sánchez y García Mora, Virgilio.
 Sánchez López, Miguel.
 Sánchez Mascaraque, José.
 Sánchez Moraleda, Celestino.
 Sánchez Herrera, Socorro.
 Sánchez-Palencia Calvo, Antonio.
 Sánchez Pedraza, Alejandro Luis.
 Sánchez Villaluenga, Julio.
 San Román Moreno, Julio.
 Santiago Ludeña, Manuel.
 Serrano Camarasa, Florentino.
 Serrano López, Luis.
 Serrano Rubio, Mariano.
 Serrano Varona, Jacinto.
 Serrano Vivar, Luis.
 Sierra Bueno, Tomás.
 Sixto Planas, Alfredo.
Souto Feijóo, Alfredo, Ilmo. Sr. Gobernador Militar.
 Suañas, Concepción.
 Suárez Sánchez, Félix.

Télez González, Guillermo.
 Toledano Bonilla, Pedro.
 Torán Pérez, José.
 Torres Ariza, Julián.

Vaquero Pérez, Felipe,
 Veloso Puig, Enrique.
 Vera Sales, Enrique.
 Vidal Soler, Jaime.
 Villalba Pérez, Rafael.
 Villacañas, Juan Antonio.
 Villacañas Colastra, Mariano.
 Villagómez Rodil, Alfonso.
 Villaruel Bautista, Gregorio.
 Vinader Corrochano, José.
 Viñuelas Escudero, Francisco.
 Viñuelas Escudero, Luis.

Yepes Arroyo, Dominga.
 Zarco Moreno, Francisco.

BAILE DE FIN DE AÑO

Como en años anteriores y como colofón de las magníficas actividades artísticas y culturales que en el presente año la Junta nos ha ofrecido, se ha celebrado el tradicional baile de fin de año, que ha tenido por marco el aristocrático HOTEL CARLOS V.

Numerosos socios asistieron a la cena preparada por la cocina del hotel

El baile brilló por su esplendor, que ha superado al de los anteriores años. Bellas señoras y señoritas asistieron con traje de noche.

La señorita María Lutgarda García Rubio y Martín Mon-


talvo, asistió a su primer baile de sociedad, vistiendo un elegante traje blanco adornado con encaje, que realizaba su natural belleza

Se tomaron las clásicas uvas a la terminación del año 1954, y la alegría e infatigabilidad de los asistentes saludó al nuevo 1955.

La orquesta fué magnífica, e interpretó los más escogidos bailables del momento.

No faltaron los confetis y serpentinas, que estuvieron cayendo casi ininterrumpidamente hasta la terminación del baile en la madrugada del

¡FELIZ AÑO NUEVO!



RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

